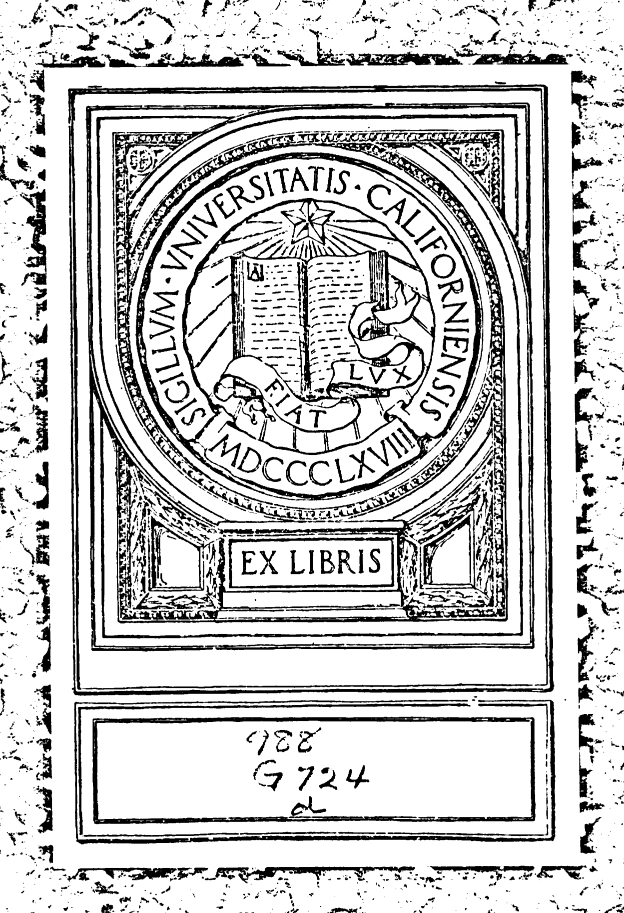
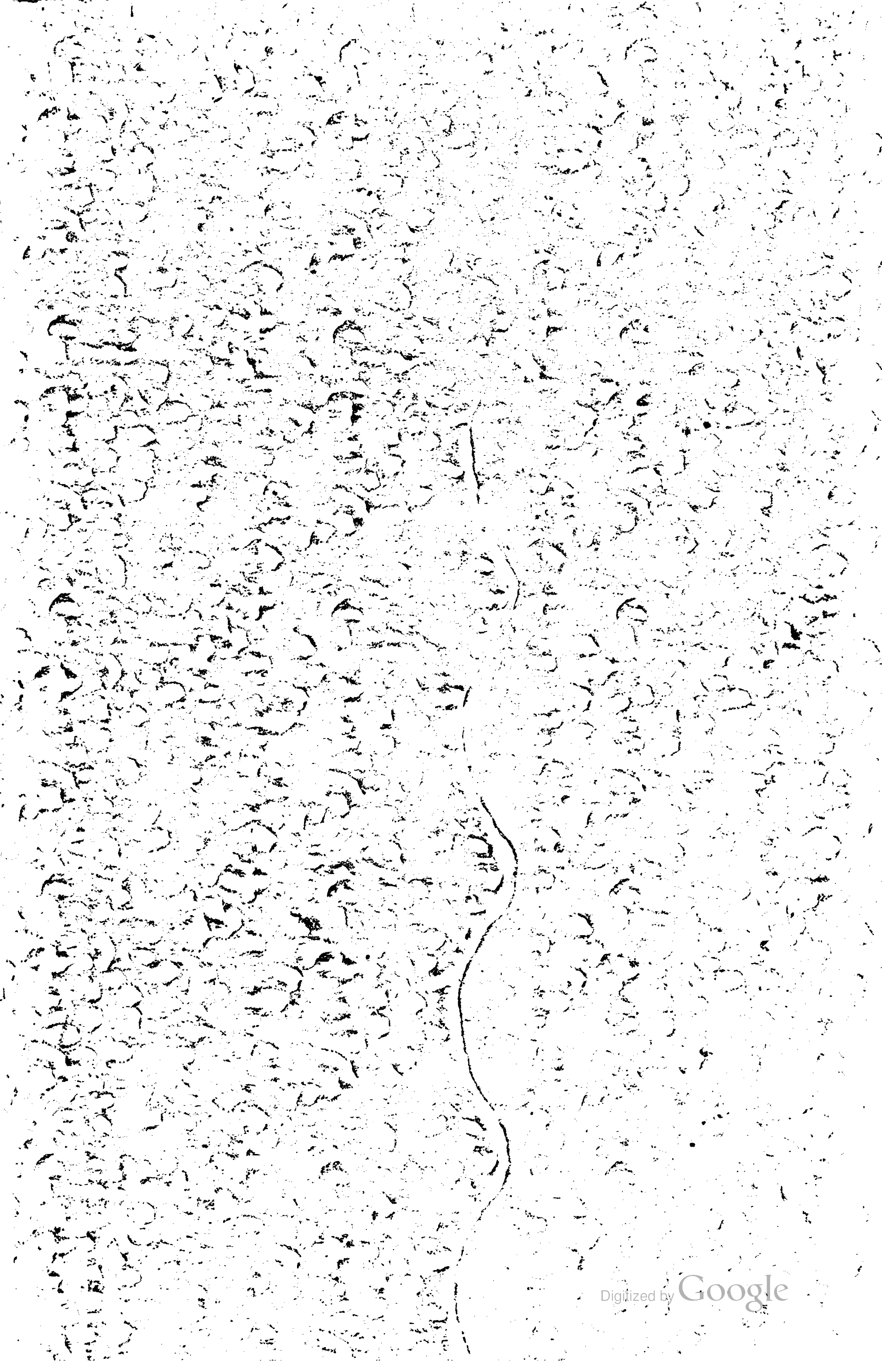
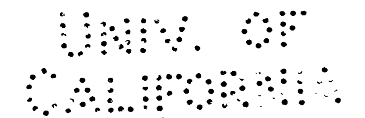

UC-NRLF
$B 115 532


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



LA DIFUNTA PLEITEADA



LA DIFUNTA PLEITEADA

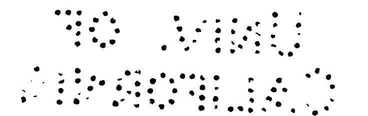
ESTUDIO DE LITERATURA COMPARATIVA

POR

MARÍA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48

1909



Madrid.—Imp. de Fortanet, Libertad, 29.—Teléf.° 991.

SUMARIO

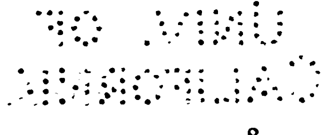
El romance de *La difunta pleiteada*, popular en España: sus diferentes versiones, pág. 8.—Rasgos esenciales del mismo, pág. 30.—Fondo histórico del romance, pág. 32.—Versión de la leyenda contenida en la *Miscelánea* de Zapata, pág. 35.—La leyenda en la literatura india, pág. 39.—Las dos versiones de Boccacio, pág. 40.—Descártanse algunas versiones menos análogas: *Amadís*, pág. 44.—Leyenda alemana, pág. 45. — Massuccio, pág. 46. — Giraldo Cintio, pág. 47.—Otras versiones, pág. 48.—Versión florentina: El caso de *Ginebra degli Almieri*, pág. 49.—Bandello, pág. 52. La comedia impresa á nombre de Rojas con el título de *La difunta pleiteada* es de Lope de Vega, pág. 54.—Análisis de esta comedia, pág. 56.—*Varios prodigios de amor*, de D. Francisco de Rojas, pág. 59.—El *Menandro*, de Matías de los Reyes, pág. 62.—Conclusiones: Parentesco de la versión del Romance y la de Zapata, pág. 64.—Estas versiones no proceden de la de Bandello, pág. 66.—Bandello altera la tradición original que el romance conserva fielmente, pág. 68.

Tema novelístico muy difundido es el de una mujer que, después de sepultada, recobra la vida, y luego disputan, sobre su posesión, dos ó más hombres que se creen con derecho á ella.

La disputa ó pleito aludido lo considero como elemento esencial, y por eso adopto como título del cuento el que con su acierto de siempre le dió Lope de Vega, *La difunta pleiteada*, en vez de otros que se han ideado.

Este tema, muy difundido en varias literaturas, sirvió en la nuestra de argumento á dos comedias del teatro antiguo, á una novela y á un romance popular. La comparación de varias de estas formas nos llevará á rectificar ciertas ideas acerca de la evolución del tema en general y de la relación que une entre sí algunas de las diversas manifestaciones del mismo.

Comenzaré el estudio de este asunto por el romance popular.



Este romance ha sido publicado ya varias veces, y de él he reunido algunas versiones de la tradición oral que se conservan inéditas. Enumeraré todas las variantes que conozco para sacar los elementos comunes á todas, que son los esenciales de la leyenda tal como en el primitivo texto del romance se contuvo.

En la enumeración de las variantes seguiré un orden por regiones, pues el romance de que se trata se halla extendido por toda España y Portugal y se recita en las tres lenguas peninsulares. Transcribo las versiones inéditas, tal como han sido recogidas de la tradición oral con versos mal medidos y voces bárbaras. Algunas enmiendas, manifiestas é insignificantes, que hago de suprimir ó añadir palabras, van indicadas entre paréntesis ó corchetes.

A.—Romance recogido por D. Juan Menéndez Pidal en Laviana (Asturias) y publicado con el título de «Amor eterno», en su Romancero Asturiano. Madrid, 1885; página 211.

A^{1}.—Variante del anterior, recogida por el mismo Sr. Menéndez Pidal en Colunga (Asturias) y publicada en el citado Romancero, pág. 212.

Las dos versiones las ha reproducido el Sr. Menéndez y Pelayo en la «Antología

de poetas líricos españoles», tomo IX, pág. 136.

B.—Recogido en Alejo, partido de Riaño (León).

En la ciudad de Aragón,
donde se cría el romero,
allí se criaron dos:
una dama y un mancebo.
Mucho se quieren de niños,
de grandes hacen lo *mesmo*.
Sus padres no se la daban,
sus padres no se la dieron;
sus padres no se la daban
porque era pobre el mancebo.
Se ha marchado de la tierra
por ver si la aborrecía:
siete años estuvo allá
y olvidarla no podía;
y al hacer los siete años
para la tierra volvía.
Al revolver de un cantón,
al revolver de una esquina,
se encontró con un niño:
la edad de ocho años tenía.
—Dime, niño, dime, niño;
dime de toda la vida:
dime si se ha casado
Doña Ángela de Mejías.
—Hoy se ha casado su esposa
y á gusto ella no iba.—
Ya la llevan á casar
con muchísima alegría,

y al tiempo de dar el sí
un suspiro dió la niña.
Ya se apercibe su novio,
su padrino y la madrina.
—¿Por quién das ese suspiro,
Doña Ángela de Mejías?
—Lo doy por un caballero
que por aquí pasaría;
lo doy por un caballero
que era la flor de Castilla.—
Ya la llevan para casa
con muchísima alegría:
todos comen, todos beben,
y la niña no comía.
La sacaron de paseo
por ver si se distraía,
y en el medio del camino
muerta se quedó la niña.
El lunes por la mañana
Don Juan vino de las Indias:
la primer visita que hizo
fué por calle de su niña.
Todo lo encuentra cerrado,
ventanas y celosías;
y en la ventana más alta
había una hermosa niña,
toda vestida de luto,
hasta una flor que tenía.
—Dime, niña; dime, niña;
dime de toda la vida:
¿por quién guardas ese luto,
que tan bien me parecías?
—Lo guardo por mi señora,
Doña Ángela de Mejías;

que la encomendéis á Dios,
que al polvo fué su partida.—
Y al oir esto Don Juan
del caballo se caía,
y, apenas que volvió en sí,
á la niña la decía:
—Dime dónde está enterrada
Doña Ángela de Mejías.
—Allá arriba, en aquel alto,
en una nueva Capilla,
junto á la Cruz que relumbra,
junto á la Virgen María.—
Siete Rosarios la reza
sin levantar la rodilla.
Ya se iba á poner el sol,
y el ermitaño venía.
—Salga, salga, caballero;
mañana será de día.—
Con la punta de la espada
levantó la losa arriba:
blanca y colorada estaba,
lo mismo que estaba en vida.
. . . .
Ya la pusieron en pleito
por ver quién la ganaría:
la ha ganado Don Juan
por (el) amor que la tenía.

(De la colección manuscrita de D. José González, catedrático del Seminario de León.)

Los diez primeros versos pertenecen á otro romance conocido, y como se ve de distinto asonante.

C.—Recogido en Villar de Ciervos (Zamora).

También los primeros versos de este romance son ajenos al mismo.

Un rico muy poderoso
que herederos no tenía,
le *pidiere* (1) al rey del cielo
que le diese un hijo ó hija.
Le dió Dios una hermosura
que otra en el mundo no había.
La *pretendieren* galanes
de noche, también de día;
la *pretendiere* el Don Juan
que era el que la merecía.
—No te la doy el Don Juan;
no te la doy por tu vida,
que se la tengo mandada
al mercader de Sevilla.
Pues si la tiene mandada
al mercader de Sevilla,
Dios quiera que [no] la goce
dos horas, tampoco un día.
Ya trataron de casarla.
Con muchísima alegría
Ya vinieron de la Iglesia,
y al comer del medio día,
todos comen, todos beben,
Doña Ángeles no comía.
Trataron de pasearla
por ver si se divertía,

(1) Estas formas *pidiere*, *pretendiere* son variantes dialectales del pluscuamperfecto antiguo pidiera, pretendiera.

y en el medío del paseo
muerta cayera la niña.
Ya trataron de enterrarla
con muchísima *tristía*,
y el Don Juan de que lo supo
por la tierra se volvía.
Encontrára un muchachuelo
que cinco años no tenía.
—Dímelo tú, el muchachuelo,
dímelo tú por tu vida,
¿dónde tienen enterrada
á Doña Ángeles Mesinda?
—Delante el altar mayor,
junto á la virgen María.
—Ven acá tú, el sacristán.
¡Oh, sacristán de mi vida!
ayúdame á levantar
esta losita *pa* arriba,
para sacar de aquí *en* bajo
á Doña Ángela Mesinda—.
La sacára del sepulcro,
la pusiera en sus rodillas;
cada cosa le decía
como si estuviera viva;
—Ven acá tú rosa blanca,
ven acá tú, rosa mía,
¿cómo te fuiste y dejaste
á quien tanto te quería?—
Echara la mano atrás
á un puñal que allí traía
para matarse con él
para hacerle compañía.
Estando en estas palabras
habló la virgen María:

—No te mates tú, el Don Juan,
no te mates por tu vida,
por siete años te la doy,
por siete años y un día;
al cabo de los siete años
ha de volver á ser mía.

D.—Recogido en Solares (Santander).

De las doncellas de este año
Doña Angela es la que priva,
la piden condes y ricos
caballeros de Castilla;
también la pide Don Juan
que es el que más la quería;
palabra de casamiento
se dieron los dos un día,
tan firmemente la dieron
revocarla no podían.
Esto que el padre oyó
de casarla determina
con un comerciante rico
que ha venido de las Indias.
Esto que Don Juan oyó
para las Indias camina,
por la calle de su esposa
hizo la primer visita:
—¡Adiós, Ángela!—la dijo—;
¡adiós, Ángela Mesías!
que yo no te olvidaré
en los días de mi vida.
—Yo tampoco á ti, Don Juan,
pues lo mismo la decía.

El día del desposorio
vendrás á las bodas mías;
las bodas se comerán
el lunes al medio día,
que las bodas y la muerte
todo ha de ser en un día—.
Al acabar de comer
pa su cuarto se retira
y desclava un sacrificio (!)
que en la su cama tenía.
—¡Pídote, Dios de mi alma!;
¡pídote, Dios de mi vida,
que me des aquí la muerte
antes que sea vencida—.
El padre que la halló en falta,
de buscarla determina;
caminó para su cuarto
donde ella dormir solía,
la llamó una y dos veces,
ninguna le respondía.
Esto que oye el comerciante,
sobre la mesa se tira,
con su corazón lloraba,
con la su boca decía:
—No me convendría á mí
rosa tan bien florecida—.
Al cabo de nueve meses
viene Don Juan de las Indias,
por la calle de su esposa
hizo la primer visita.
En una alta ventana
ha visto una blanca niña.
—Dime tú, la niña blanca;
dime tú, la blanca niña:

¿por quién tienes ese luto?,
¿por quién toda esa *enculía* (!)?
—Yo se lo dijera á usted
si á usted no le pesaría:
por Doña Ángela, señor,
por Doña Ángela Mesías.
—Dime tú, la niña blanca;
dime tú, la blanca niña:
¿en qué parte está enterrada?
—Cerca del agua bendita—.
Con estas mismas palabras
hacia la iglesia camina,
se estuvo haciendo oración
la mayor parte del día,
hasta el ermitaño dice
y el ermitaño decía:
—Sálgase fuera Don Juan,
que voy á trancar la ermita—.
El interés mueve al hombre,
que Don Juan se lo decía.
—El anillo de mis dedos
dos mil ducados valía;
el anillo de mis dedos
sin la piedra los valía—.
Entre el ermitaño y él
levantan la losa arriba,
sacó un dorado puñal
de su dorada *petrina*,
para matarse con él,
para hacerla compañía.
Esto que ha oído la Virgen,
corre sus nuevas cortinas.
—Que vivan los dos amantes,
pues que tanto se querían—.

Agarróla de la mano,
llevóla la calle arriba,
sacudiendo sus cabellos
que de polvo los tenía.
Esto que oye el comerciante,
en pleito se lo ponía.
El pleito fué á Valladolid
á ver quien ella quería.
Ella dijo que á Don Juan,
que ella que á Don Juan quería,
que el que no la olvida en muerte
tampoco la olvida en vida.

(De la colección manuscrita de D. J. R. Lomba.)

E.—Versión recogida en Villota del Duque (Palencia); publicada por el Sr. D. Narciso A. Cortés. «Romances populares de Castilla». Valladolid, 1906; pág. 98.

F.—El mismo Sr. Cortés, en el folleto citado, pág. 96, publica otra versión recogida en Revilla Vallejera (Burgos).

F[1].—Variante del romance anterior, publicado en la misma obra, pág. 97.

G.—Otra versión de Revilla Vallejera, publicada también por el Sr. Cortés, pág. 99.

II.—Versión de Villimar (Burgos).

De las mocitas de ahora
Doña Ángela es la que brilla,
la piden duques y condes
y caballeros de estima;
también la pidió Don Juan
el que [más] ella quería.
No se la ha llevar Don Juan
aunque la tenga pedida;
la *tién* mandada sus padres
al mercader de la villa;
no se la ha llevar Don Juan
que le han de quitar la vida.
La vida como es amable
Don Juan pilla de retira
por la calle de su esposa
por ver si *po* allí la vía;
la vió puesta en el balcón
muy triste y muy afligida:
—Quédate con Dios, Doña Ángela;
quédate con Dios, la niña;
no te tengo de olvidar
mientras en el mundo viva.
—Yo tampoco á ti Don Juan
—la niña así le decía—;
mis bodas y mis entierros
tos han de ser en un día;
mis bodas se han de celebrar
el martes á mediodía—.
Martes después de comer
para un cuarto se retira;
su padre la anda buscando
calle abajo, calle arriba;

¿cómo la había de hallar
si allí no estaba la niña?
Abrió la puerta del cuarto,
vió desmayada á su hija;
y el mercader que vió eso
para un cuarto se retira,
con sus dos ojos lloraba,
con el corazón decía:
—No me convendría á mí
esta rosa tan florida—.
La llevaron á enterrar
(á la iglesia de San Gil),
á la su nueva capilla.
Á eso de los nueve meses
Don Juan vuelve de Retira
por la calle de su esposa
por ver si *po* allí la vía.
Vió una dama en un balcón
toda de luto vestida:
—¿Por quién trae luto la dama?;
¿por quién trae luto la niña?
—Por Doña Ángela, señor,
por quien *usté* se moría.
—¿Dónde está Doña Ángela, señora?;
¿dónde está Doña Ángela, la niña?
—En la iglesia de San Gil,
en la su nueva capilla.
Ató el caballo á la reja,
á la iglesia se camina;
que se iba á poner el sol
y el sol ya se ponía;
no podía levantar
la lápida de la niña;
le ha pedido al ermitaño

por Dios y Santa María,
le ayudara á levantar
la lápida de la niña.
—Eso yo no haré, señor;
eso yo nunca [lo] haría,
[por] que es de padres muy nobles,
que castigo me darían.
Le ha ofrecido veinte onzas
que en el bolsillo tenía;
el interés mueve al hombre,
el interés le movía,
le ha ayudado á levantar
la lápida de la niña.
La ha encontrado tan hermosa
como si estaría viva,
la ha llamado nueve veces,
ninguna le respondía;
saca un puñal de sus pechos
para quitarse la vida,
para meterse con ella,
para hacerla compañía.
La Virgen de los Remedios,
que allí remedios ponía:
—No se mate *usté*, Don Juan;
no se mate por la niña;
cójala *usté* de la mano
que ella se levantará arriba.
La ha cogido de la mano
y ella se levantó arriba;
la tapó sus carnes blancas
con la capa que él traía;
la llevó á casa sus padres
lleno de gozo y alegría.
Mandan cartas á Granada

y también á Sevilla
. . . .
donde allí hermanos tenía;
y los hermanos escriben
que con quién quiere la niña;
. . . .
con Don Juan quiere la niña,
que la ha querido en muerte,
también la querrá en vida.

I.—Versión de Burgos. Es una forma abreviada.

De las mocitas de ahora,
Doña Ángela es la que brilla;
la piden ricos y condes,
caballeros de altas fincas;
también la pide Don Juan,
caballero de las Indias.
Un día, estando comiendo,
para un cuarto se retira
con un Cristito en la mano,
y estas palabras decía:
—¡Santo Cristo de mi alma,
Santo Cristo de mi vida,
sácame deste mal mundo
antes que sea vencida!—
Á eso de los nueve meses
Don Juan vuelve de las Indias:
todo lo encuentra cerrado,
ventanas y celosías;
en el balcón más alto,
á donde ha visto una niña.

—¿Por quién trae luto la dama?;
¿por quién trae luto la niña?
—Por Doña Ángela, señor,
Ángela, flor de Mesías.
—Dime dónde está enterrada
Ángela, flor de Mesías.
—En la iglesia de San Gil,
en una nueva capilla.—
Ata el caballo á la reja
y á la iglesia se camina,
y le ruega al sacristán
que le ayude á levantar
aquella lápida fría:
el interés movió al hombre,
el interés le movía;
le ha ayudado á levantar
aquella lápida fría:
la ha encontrado tan hermosa
como si estaría viva;
la ha llamado nueve veces,
ninguna le respondía;
la ha cogido de la mano;
la ha levantado hacia arriba;
la tapó sus blancas carnes
con la capa que él traía:
la ha *llevao* donde sus padres.
—Ángela, flor de Mesías—,
el día del casamiento
toda la gente decía —,
que se la lleve Don Juan,
que la tiene merecida.

J.—Otra versión de Burgos, muy completa.

De las damas que hay ahora
doña Angela es la que priva,
la piden duques y condes,
caballeros que la estiman,
también la quiere y la adora
aquel Don Juan de Castilla,
palabra de casamiento
se dieron los dos un día,
palabra de casamiento
revocarla no podían.
Y eso que ha oído su padre,
de casarla determina
con un mercader muy rico
que ha venido de las Indias;
y eso que ha oído Don Juan,
para las Indias camina
por la calle de su dama
diera la última visita.
—No te camines Don Juan,
estáte por aquí á la mira,
que mis bodas y mi *intierro*
todo ha de ser en un día—.
Y, después de haber comido,
á su cuarto se retira;
su padre la echó de menos,
de buscarla determina.
—¡Alto, alto, caballeros!
Doña Angela es fenecida.
Eso que oye el mercader,
sobre una mesa se tira,
con los sus ojos lloraba,
con el corazón decía:

—No la merecía yo
esa rosa tan florida—.
Al cabo (de) los nueve meses
vino Don Juan de las Indias
por la calle de su dama
diera la primer visita;
todo lo encuentra cerrado,
ventanas y celosías;
por una menuda reja
ha visto una blanca niña
toda vestida de luto,
de luto toda vestida.
—Niña, ¿por quién traes el luto
que tan bien te parecías?
—Por mi señora, señor,
que por vos perdió la vida.—
Y eso que ha oído Don Juan,
desmayado se caía.
Le ayudan á levantar
tres sacerdotes de misa.
—Arriba, arriba, Don Juan,
Don Juan, arriba, arriba.
Si Doña Angela se ha muerto,
otra Doña Angela habría.
—Dígame *ande* está enterrada.
—Allá en su nueva capilla.
—Venga el sacristán conmigo
que bien se lo pagaría—.
Entre el sacristán y él
alzaron la losa arriba.
El la llamaba —¡Doña Angela!—
Doña Angela no respondía.
Echó mano á su casaca,
un puñal que allí traía

para matarse con él,
para hacerla compañía.
Mas la Virgen del Rosario
ha corrido las cortinas
y pide á su hijo precioso
y le ruega y le suplica
que vivan los dos amantes
como tanto se querían.
Doña Angela se levantó
más linda que el primer día,
y Don Juan le dió la mano,
la que le dió el primer día.
Y eso que oyó el mercader,
á pleito se lo ponía.
Dicen dotores y sabios
de la gran sabiduría:
—Llévese Don Juan la niña,
que Don Juan la merecía.

K.—Fragmento recogido en Matabuena (Segovia).

Tan alta va la luna
como el sol de medio día,
cuando la siempre doncella,
sin pecado concebida,
diré lo que sucedió
en Barcelona la rica.
En una ciudad de pobres
un caballero vivía,
rico, noble, poderoso,
y este tal tiene una hija,
que era tanta su hermosura,
que sólo su hermosura priva.

Tiene muchos pretendientes
de noche y también de día;
de noche rondan la puerta
y de día la *vesitan*.
El padre de aquesta dama
hechos contratos tenía:
se la tenía mandada
al mercader de Sevilla,
y esto que supo la dama
mala en la cama caía.
La *vesita* un mercader
tres *vesitas* cada día;
la una por la mañana,
la otra por al mediodía
y la otra por la noche,
mientras los padres dormían.
Y esto que supo Don Juan
á su casa se *golvía*,
....
por pleito se lo ponía;
dió con el pleito en Granada,
drento de chancillería.
La sentencia que salió,
que Don Juan la merecía.
Se gozaron nueve años
y el cielo los dió una hija,
que si santos son los padres,
tanto más era la hija.

Los primeros versos son una introducción postiza y sin sentido y el resto del fragmento está lleno de contaminaciones é incongruencias, debidas á la mala memoria de la recitadora.

I.—Recogido en Las Navas (Avila).

Falta el principio.

Paseándose Don Juan
por la calle de su amiga
todo lo ha hallado cerrado,
ventanas y *cirujías;*
ha visto salir una dama
toda de luto vestida:
—¿Por quién tiene luto—la dice—,
que tan bien me parecía?
—Por su señora, Don Juan,
Doña Angela de Armendía;
que la encomendéis á Dios,
que por vos se *la partida*—.
Esto que oyera Don Juan
desmayado se caía;
así que volvió del desmayo
para su casa se iba;
cogió un rosario en sus manos,
que cien doblones valía,
se marchó para la iglesia
á hacer oración á la sagrada María;
vió salir un mancebo,
salir de la sacristía:
—Por Dios le pido al mancebo,
por Dios y por cortesía,
me diga dónde está enterrada
Doña Angela de Armendía.
—En esa laude, Don Juan,
donde está puesto de rodillas.
—Por Dios le pido al mancebo,
por Dios y por cortesía,

me ayude á levantar la laude,
que Dios se lo pagaría.
—Señor, no puedo, no puedo,
. . . .
que el que desentierra muertos
tiene pena la vida.
—Le daré á *usté* mi rosario
que cien doblones valía—.
La *cudicia* del dinero
veremos á lo que hacía:
levantan los dos la laude
solitos, sin compañía,
y hallaron la difunta
tan fresca y tan linda.
Echó mano Don Juan
á una daga que tenía
para metérsela...
y enterrarse con su amiga.
Y la Virgen del Rosario
la mano le detenía,
que no quiere que se pierda
un devoto que tenía;
á Don Juan quitó la daga
y á la difunta dió vida.
Se agarraron de la mano,
para su casa se iban,
y su marido el primero
á la su mujer quería;
pusieron pleito en Granada,
en la *granja artillería*;
que se la den á Don Juan,
que Don Juan la merecía.

M.—El Sr. Milá y Fontanals, con el título de «La amante resucitada», publicó en su Romancerillo catalán (Barcelona, 1896, página 232) una versión en castellano, que, según él mismo dice, regularizó en el lenguaje y la versificación. A continuación publica tres variantes en que se hallan mezcladas palabras castellanas y catalanas.

N.—Almeida Garret en su «Romanceiro», (edición de Lisboa, 1904; t. II, pág. 71), dice que recogió una versión en Alemtejo y otra en Extremadura (Portugal), y que, cotejando las dos, publica el romance que titula «Guimar». A pesar de que da variantes al pie del romance, este se halla muy retocado por Garret, según su costumbre, añadiendo una porción de versos ajenos al asunto.

V. E. Hardung publica este romance, copiándolo de Almeida Garret, con las mismas variantes. «Romanceiro Portuguez», Leipzig, 1877; pág. 267. Lo mismo hace Teófilo Braga en su «Romanceiro Geral Portuguez», 2.ª ed. Lisboa, 1906; pág. 606. (En la 1.ª ed. del «Romanceiro», Braga publicó una versión ecléctica.)

O.—En la pág. 610 de la 2.ª ed. de su «Ro-

manceiro», publica Teófilo Braga una versión de Elvas, Alemtejo y la titula Dom João.

P.—Fragmento recogido también en Elvas y publicado por Teófilo Braga en el mismo «Romanceiro», pág. 613. Esta versión se halla contaminada con el conocido romance de «La aparición».

Como fruto de la comparación de todas estas versiones entre sí, no daré una edición crítica del texto primitivo del romance, sino un simple resumen en prosa, pues esto es lo bastante para el estudio comparado que voy á hacer.

Analizados los rasgos comunes á todas las versiones, el romance original en sus elementos esenciales quedaría reducido al siguiente relato:

Doña Angela (María *M* Guimar ó Agueda *N*) Mejía (Mesía *D*; flor de Mesía *I*; Mesinda *C*; Medina *E*, *P*; Armendía *L*), la más bella de las mujeres de su tiempo, es solicitada por muchos caballeros principales. Ella prefiere entre todos á D. Juan (nombre común á todas las versiones) de Castilla (*A J*; la flor de Castilla *B*) y se dan palabra de casamiento. El padre de doña Angela, atento á casar ventajo-

samente á su hija, la promete á un rico mercader de Sevilla *(C F K M;* de la villa *H G*, de India *D J O)*, y D. Juan al saberlo se marcha á Indias *(A B D F I J;* á Perpiñán *M)* para tratar de olvidarla. Durante su ausencia, se celebra el casamiento de doña Angela; pero el mercader no la logra, porque el mismo día de la boda, muere la novia y la fiesta se convierte en duelo. Vuelve D. Juan al cabo de nueve meses *(D F G H I J;* siete años *A B*, un año *O*, tres meses *E)* y al pasar por delante de la casa de su amada ve asomada á una joven vestida de luto y por ella sabe que murió doña Angela y dónde está enterrada. Corre á su sepultura y con ayuda del ermitaño *(A B D F F*[1] *G H O;* sacristán *I J N P)* á quien soborna, logra levantar la losa y halla á la enterrada tan bella como cuando viva. Excitado por la pena, intenta suicidarse con un puñal para quedar allí en compañía de su amada. La Virgen, de quien era muy devoto D. Juan, le detiene el brazo, se apiada de él y resucita á doña Angela. Al salir los novios de la iglesia se encuentran al mercader (sólo conservan este detalle tradicional las versiones *A M);* éste reclama á su esposa y se entabla un pleito en la Chancillería de Granada (de Roma *A E;* de Valladolid *D)*. La sentencia es favorable á D. Juan.

¿Tiene algún fondo histórico este romance? El nombre del protagonista D. Juan de Castilla le llevaron varios individuos de la ilustre familia de los Castillas (1); uno de ellos nos interesa especialmente. Era un vecino de Madrid, nieto del Obispo de Palencia D. Pedro de Castilla (éste á su vez era nieto del Rey Don Pedro), y fué Comendador de la Puebla de Sancho Pérez y Trece de Santiago (2); hallóse en la defensa de Salsas cuando la cercó Luis XII de Francia (año 1503) y en la defensa de Pamplona cuando la atacó el Rey D. Juan de Navarra (3). Casó con doña María de Cárde-

(1) De un D. Juan de Castilla, muerto en la guerra con los moriscos de Granada, nos habla D. Luis Zapata en su *Miscelánea* («Memorial Histórico», tomo xi, pág. 254). Cuando D. Juan de Austria se apoderó de la temida fortaleza morisca de la Galera en 1570, los únicos muertos de las tropas reales fueron dos caballeros, uno de ellos D. Juan de Castilla. El postillón que traía la nueva á Madrid la dió casual é ignorantemente á la esposa, recién casada, del difunto don Juan, causándole un grave accidente de dolor. De otro don Juan de Castilla, gentilhombre de Boca del Emperador, hijo de un D. Francisco Persoa, tesorero de la Emperatriz, se conservan en el Archivo Histórico (Santiago, Pruebas, número 1.729) las pruebas para tomar el hábito de Santiago en 1579. Y, por último, el hijo del rey D. Pedro y doña Juana de Castro, en quien tiene su origen la familia Castilla, se llamó también D. Juan de Castilla el Bueno.

(2) Salazar y Castro, *Casa de Lara*, tomo ii, pág. 697.

(3) Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y Quincuagenas*, Bibl. Nac. Mss. 3.135, fol. 227 v.°, y Quincuagena 2.ª, Estancia 32, Ms. Bibl. Nac., 2.218, fol. 68 v.°

nas (1), que fué dama de la Reina Católica y después en Portugal de la Reina doña María, madre de la Emperatriz. Estando ausente don Juan, enfermó doña María, su mujer, y juzgándola muerta la enterraron en el Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, donde el Rey Don Pedro tenía su enterramiento y los Castillas su panteón de familia. Por la noche, al levantarse las monjas á maitines, oyeron voces flacas y aquejados gemidos, y creyendo que era un ánima en pena, acudieron sólo con exorcismos, hasta que las voces cesaron. Pasado algún tiempo, abrieron la bóveda para otro enterramiento y se encontraron á doña María de Cárdenas fuera del ataúd, tendida muerta junto á la puerta de la bóveda, con los cabellos mesados y su hermosa cara arañada (2).

(1) Salazar y Castro, obra citada, y Fernández de Oviedo, l. c.—Uno de los testigos que declaran en las pruebas de otro D. Juan de Castilla para tomar el hábito de Santiago en 1579, cuenta haber conocido á los nietos del Obispo de Palencia, y entre ellos á nuestro D. Juan, «que fué cassado con doña fulana de Cárdenas en Madrid», Archivo Hist. Nl., Santiago; Pruebas, núm. 1.729.

(2) Sigo en este relato principalmente á Fernández de Oviedo, Mss. de la Bibl. Nac., núm. 2.218, fol. 68 v.—D. Luis Zapata cuenta dos veces en su *Miscelánea* el mismo suceso:

DE UN MISERABLE CASO

En Santo Domingo el Real, donde está enterrado en Madrid el rey don Pedro, tienen su enterramiento unos cavalleros de Castilla, donde dizen que quando alguno del li-

Sin duda, este caso notable es el germen histórico de nuestro romance Doña María de Cárdenas, como la doña Angela, del romance, muere y es enterrada en ausencia de D. Juan y luego recobra la vida; pero la ida del amante á la tumba para sacar á la enterrada y el pleito subsiguiente con el verdadero marido de la dama romancesca, son extraños á la vida real de D. Juan de Castilla. Sin embargo, aun

naje ha de morir hacen por de dentro señal en él; y assí se dijo entonçes, yo lo oí mas no lo afirmo, que quando, año de treynta y nuebe, murió la alta Enperatriz, se hiço señal allí como por persona de la misma casa de Castilla. En Madrid, pués, murió una señora de la real sangre dellos, moça y hermosa, y bien dije fué, pues que aunque no murió, ni mas bolbió al mundo; á la qual, tiniéndola por muerta de una dolenzia, amortajada con grandes lutos, hombres y llantos por la mal lograda, puesta en un ataud, metieron en una bobeda donde los de su linaje se solian poner. Aquella noche y las tres y tres (sic) o quatro dias siguientes las monjas no durmieron ni pudieron dormir porque *gemitus lacrimablisimo* (sic) *auditur tumulo*, que se oyan en la capilla de los de Castilla espantosas boçes y jemidos. Abren libros de conjuros, bienen con sus albas y estolas exorzistas, bendiçen la yglesia y echan por toda ella agua bendita, y pareçe que çesó el ruido con esto á cabo de tres dias. No ay tal como acudir al remedio, deçía alguno de los libros (el mss. dice libres). Dende a tres o cuatro meses muere otro niño de los de Castilla, abren la bobeda para enterralle, y hallan la triste desnuda y muerta y tendida ante la puerta.; ¡O desdichada señora! muerta antes de su muerte, biba despues de enterrada, birjen y martir según lo que padeçio, y enterrada en bida; creida de lijero antes que muriese no siendo muerta, y despues de enterrada no creida biba. Que pareçe que como en la tumba se le pasó el parasismo, despues saldría della, á

pudiera creerse que esos detalles eran también históricos y como tal se cuenta el pleito en la Real Chancillería sobre á quién correspondía la posesión de la resucitada (1).

D. Luis Zapata, el quijotesco caballero extremeño autor del *Carlo famoso*, poema más olvidado que famoso, compuso hacia 1590 su *Miscelánea* (2) llena de noticias interesantes. Con ocasión del mismo caso de

gran afan romperia su mortaxa, rasgaría su cara, comería sus manos, y, oyendo cantar sus propias amigas monjas, daría, puesta en las gradas y a la puerta, por salir a la luz, las terribles voces y jemidos; hasta que cansada de dar aullidos en vano, se quedó a la puerta helada, siendo dolor grande á sus deudos, y á todos gran lástima y maravilla. (Mss. de la Bibl. Nac. de Madrid, núm. 2.790, fol. 76).—En el fol. 367 de la misma obra vuelve á hablar de aquella «señora de Castilla que en Santo Domingo el Real en Madrid la enterraron en su bóueda viba y por voces que dió despertando de aquella probadura de muerte, que al fin hubo de colarla (?) no la quisieron sus monjas y deudos creer, pensando que era fantasma, y al poner otro cuerpo allí, la hallaron en la escalera de la vóbeda donde acudió, muerta en cueros, y de pesar mesados sus cabellos y su hermosa cara arañada.»

(1) Como «un caso histórico ó tenido por tal» lo aprecia ya el Sr. Menéndez y Pelayo en la *Antología de Poetas líricos castellanos*, tomo XII, pág. 518. También M. Landau, hablando de una novela de Boccacio, análoga á nuestro romance, cree que se trata de un sucedido real: «Der Novelle von der Scheintodten scheint auch ein virklicher Vorfall zu Grunde zu liegen.» *Die Quellen des Dekameron*, 1884, página 326.

(2) Ha sido publicada con poca fidelidad en el tomo XI del «Memorial Histórico»; yo me sirvo del Mss. de la Bibioteca Nacional, núm. 2.790.

la enterrada viva en Santo Domingo el Real, dice:

«A este propósito me contó el licenciado Salguero Manos Albas (1), que pasó un pleyto en Balladolid. Estauan dos de Burgos conçertados de secreto de casarse: pártese el mançebo á Flandes, y en su ausençia trátansele á la moça muchos casamientos. Ella unas beces por unas dolencias, y otras por otros achaques, entretiene la obidiençia, que á sus biejos padres [debía], por ocho meses, que fue el tiempo que entre ambos por cartas se puso. El ausente enamorado, que no pudo benir al plaço, dejadas todas las cosas de allá, dende á poco tiempo bino: pregunta por su amada señora luego en llegando á Burgos, y dícenle: «un mes a que casaron contra su boluntad á la desdichada, y de discontenta enterraron á la mal logradita». El moço, que esto oyó, de dolor estubo para perder el juicio: ba á donde estaba enterrada, ynche la yglesia de gritos y jemidos, da al sacristán porque se la deje ber después de muerta cuatro escudos, abre la tumba, que estaba en una bóbeda, állala biba. Ya podés ber con cuanta alegría, mientras menos lo esperaua, sería del el feliçe suçeso reçibido. Tú-

(1) De este Salguero Manos Albas vuelve á hablar varias veces en la misma obra (pág. 152 del tomo XI del «Memorial Histórico»), y dice que era corregidor de Motril.

bola en la yglesia dos ó tres dias; llébala á su casa; á poco tiempo conócenla los padres, y el falsamente biudo primer marido pídela por justicia. Anda el pleyto, sentençia al correjidor, amparando en su posesión al que la tenía, y la bolbió de la muerte á la bida; fué el pleyto por apelación á Balladolid. En qué paró no lo se, sino que fué á toda España el caso estraordinario notorísimo» (1).

Como se ve, este caso es el mismo que refiere el romance, salvo pormenores insignificantes: la mayoría de las versiones del romance ponen la ausencia del enamorado en Indias y no en Flandes; atribuyen á milagro de la Virgen la resurrección; no dicen que la escena se desarrollase en Burgos, pero las versiones recogidas en esta ciudad señalan la iglesia de San Gil (uno de los templos ojivales que allí se conservan) como lugar de enterramiento de la protagonista; una sola versión, la de Santander, dice que el pleito fué en apelación á Valladolid, las demás señalan Granada ó Roma como lugares en que sentencian la causa.

Ahora bien, tal «caso extraordinario», según Zapata «notorísimo á toda España», no era conocido por este autor sino gracias á la información del licenciado Salguero Manosalbas; no

(1) Bibl. Nac. Mss., núm. 2.790, fol. 76 v.

se trata, pues, de un pleito ruidoso y sonado; y la ignorancia que Zapata afecta del fallo final nos confirma en ello, siendo incomprensible esa ignorancia en un «caso notorísimo» y sólo explicable como escrúpulo jurídico y canónico, que no permite creer que toda una Chancillería de Valladolid falle en contra del verdadero marido de la desenterrada.

Lo probable es que el caso fuese «notorísimo» por el mismo romance de que tratamos, que circularía entonces ya por toda España, aunque ninguna colección vieja lo contiene. ¡Cuántos romances, sólo salvados por la tradición oral moderna, existían ya en el siglo XVI, como lo prueban alusiones hechas á ellos en la literatura de esa época! Pudiéramos también creer que la notoriedad del caso venía de hallarse referido en una relación en prosa; pero esta suposición es casi inaceptable, ya que estas relaciones de casos extraordinarios solían hacerse en forma de romances cuando se tenían por verdaderos, ó si se hacía en prosa era en forma de novela y como tal no tenía autoridad de caso realmente sucedido.

Sea como quiera, el «caso extraordinario» de Zapata no es en modo alguno histórico, sino fabuloso, y como tal lo hallamos en varios cuentistas italianos anteriores al licenciado Salguero y á Zapata. No niego con esto que el ro-

mance pudo tener un germen de verdad, y creo que este germen fué el caso de la mujer de D. Juan de Castilla; pero el desenlace del romance es, en todos sus pormenores, simple variante de un tema novelesco muy difundido.

El elemento fundamental de ese desenlace, que es el pleito entablado para saber á quién pertenece la joven resucitada, se halla ya en cuentos orientales. Sirva de ejemplo de este grupo de relatos el del *Tutí nameh* (1), que paso á resumir: Tres jóvenes solicitan á una muchacha y es concedida simultáneamente á uno por el padre, á otro por la madre y á un tercero por un hermano de la joven. En esto sobreviene la muerte de la prometida. Llegada la noche del día en que el entierro se ha verificado, los tres pretendientes van á la tumba. Uno de ellos siente el deseo de mirar muerto aquel rostro que no pudo ver vivo: abre la tumba, saca el cadáver y lo contempla dolorosamente. Otro de los pretendientes, que es médico, nota señales de vida en la desenterrada y manifiesta el descubrimiento; pero es necesario para que la vida vuelva, hacer una sangría después que se caliente el cuerpo golpeándolo

(1) Noche XX en Nachshebi, y XIX en la redacción turca, traducida por Rosen, Leipzig, 1858, II, pág. 53. Sigo á P. Rajna en *Romania* XXXI, 59.

reciamente. Mas, ¿quién se atreve á golpear aquellos delicados miembros? El tercero de los competidores, puesto que se trata de una cuestión de vida ó muerte, vence todos los escrúpulos y principia enérgicamente la obra que la sangría termina después. Viene luego la disputa sobre á quién pertenece la resucitada, y termina marchándose la joven á su casa, donde se consagra á ejercicios de religión.

Por otros relatos orientales como el de *Vetala-pañchavimçati*, se ve que es en ellos general la cooperación de tres pretendientes de una mujer muerta para obrar su resurrección, y luego viene el pleito ó la pregunta de á cuál de ellos pertenece.

A pesar de las grandes diferencias que separan este relato del de nuestro romance, se comprende que en el fondo son uno mismo, pues al emigrar y tomar una forma literaria en el mundo occidental, los gustos de éste imponían que la resurrección de la mujer no se obrase por cuidados ni menos por artes mágicas de varios en ello empeñados, y el interés dramático exigía que los contendientes sobre la posesión de la resucitada se redujesen á dos: el marido y el enamorado.

Así vemos aparecer en Europa el relato, bajo la pluma de Boccacio, con rasgos esen-

ciales semejantes á los del cuento del *Tutinameh:* el enamorado que va á la tumba de la mujer amada, movido del deseo de contemplarla muerta, y que advierte en ella alguna señal de vida.

Dos veces sirvió de tema á Boccacio el caso de la dama desenterrada, una en el *Filocolo* (13.ª Cuestión de amor) y otra en el *Decamerón* (Nov. 4.ª, día X). Resumiré aquí sólo el relato del Decamerón, por no ofrecer para nuestro objeto divergencias notables una versión respecto de la otra.

Gentil Carisendi, caballero noble de Bolonia, está enamorado de Catalina, mujer de Niccolucci Caccianimico, pero viendo que ella no da oídos á sus pretensiones, se ausenta y va á desempeñar un regimiento de Módena. Catalina, que se hallaba embarazada á la sazón, es víctima de un accidente, y creyéndola muerta, la entierran. Gentil sabe la triste noticia, y movido por el deseo de besar muerta á la mujer de quien no logró ningún favor mientras estuvo viva, se dirige, acompañado de un fiel servidor, al sepulcro de Catalina, le abre y, derramando abundantes lágrimas, besa repetidas veces aquel rostro amado (1). Entonces le parece

(1) Como muestra de la identidad del relato del *Filocolo,* pondré aquí un pasaje de la antigua traducción española: «Esperó que viniesse la noche y, tomando consigo uno de

que siente latir débilmente el corazón de la enterrada, y convencido de que no está muerta, la saca de la tumba, ayudado de su servidor (1). Conducida Catalina á casa de la madre de Gentil, ésta la atiende con solicitud, logrando que recobre el sentido. Aquella misma noche Catalina da á luz un niño. Desde aquí el relato no tiene ya relación con el de nuestro romance. Boccacio quiere presentar en el Filocolo y en el Decamerón un tipo de enamorado magnánimo, que después de volver á la vida á su amada, la entrega voluntariamente al marido, sin que haya litigio entre los dos amadores. Hay, sin embargo, en Boccacio un evidente recuerdo de este pleito, y es la cuestión que Gentil propone antes de hacer solemne entrega de

sus más fieles y secretos criados, se fué para nuestra ciudad derecho al lugar donde la dama estava enterrada, y con osado coraçon, esforçando á su criado que no temiesse, abrió la sepultura y entró dentro en ella, y llorando con lágrimas de piedad, començo de abraçar á la dueña». *Laberinto de amor que hizo en toscano el famoso Juan Boccacio, agora nuevamente traduzido.*—Sevilla 1546. Este *Laberinto* es la edición princeps hecha anónima y «á hurtadas» de las *Treze quistiones sacadas del Philoculo de Boccacio* traducidas por Diego López de Ayala, que Alonso de Ulloa publicó después en Venecia, año 1553, y cuyo texto es exactamente igual al del *Laberinto* que hemos copiado.

(1) En el *Laberinto* y *Treze quistiones:* «sacola de la sepultura... y poniéndola encima de su capa, travando él de una parte y su criado de otra, la llevaron muy secretamente á casa de su madre del mismo cavallero».

Catalina al marido. Gentil convida á un banquete á varios amigos, entre los que se halla el marido de Catalina, con ánimo de que ésta se presente al final. A punto de terminar la comida, Gentil cuenta el caso de un fiel servidor que enferma gravemente; su amo le deja en medio de la calle y no se ocupa más de él. Viene otra persona que, movida á compasión, cura al enfermo; entonces Gentil propone esta cuestión al marido y demás amigos. ¿Puede el primer amo quejarse porque el segundo se aproveche de los servicios del fiel servidor y no quiera devolvérselo? También reminiscencia lejana del litigio tradicional es la extraña cuestión que Boccacio propone al fin del relato del Filocolo: ¿cuál fué mayor, la lealtad del caballero que devuelve su amada al marido, ó la alegría de éste?

En Boccacio hallamos, pues, los rasgos esenciales del cuento, que después veremos confirmados por otros relatos: el enamorado que desentierra á la mujer amada, y cuestiona después con el marido de ella. Pero ese enamorado lo es en Boccacio de una mujer hace mucho casada, sobre la cual no tiene derecho alguno, así que el desenlace es inverso al del romance español (que después veremos ser el tradicional), siendo la mujer entregada al marido por el amante. Además, los dos cuentos boccaces-

cos están contaminados con otro tema extraño, el parto de la mujer enterrada (1).

Pero antes de referir otras formas del mismo tema, más vecinas al romance, descartaremos algunas manifestaciones análogas que podemos creer nacidas por simple deformación de alguno de los rasgos de nuestro tema.

En el poema francés del siglo XIII, titulado *Amadás*, se cuenta que Idoine, hija del duque de Borgoña, enamorada de Amadás, se ve obligada contra su voluntad á casarse con otro; pero aparta de sí al marido anunciándole una muerte próxima si el matrimonio llega á consumarse, y fingiéndose enferma, emprende una peregrinación, en la cual halla á Amadás, y en su compañía llega á Roma. En esta ciudad, por hechicería de un tercer caballero que se enamora de ella, queda como muerta. Amadás va á visitar el sepulcro de Idoine y junto á él lucha con el último enamorado de la dama. Descú-

(1) Hállase, por ejemplo, en la canción popular alemana «Der Scheintod». Una mujer que está próxima á dar á luz es creída muerta y es sepultada. Después de nueve días visitan los hijos la sepultura y oyen á la madre entonar un cantarcillo infantil. Avisan al padre, el cual abre el ataúd, y se lleva á casa la mujer y el recién nacido. v. F. Liebrecht, *Zur Volkskunde*, Heilbronn 1879, pág. 60; en la pág. 61 nota la analogía con la Novela del Decameron.

brese el hechizo, Idoine resucita y vuelve con Amadás á Borgoña, á casa del marido. Este, atemorizado por la reiterada predicción de su muerte, se decide á disolver el matrimonio, dejando casarse á los dos amantes (1).

En este relato, como en el alemán que vamos á citar, el pleito parece, más bien que desconocido, evitado, buscando un desenlace más rápido.

También existe la narración de la dama desenterrada en una leyenda alemana (2), cuya substancia es ésta: Un tintorero y la hija de un pintor se amaban tiernamente; pero el pintor se opone á que se casen. El tintorero se ausenta, y antes entrega á su amada una moneda de oro como prenda de fidelidad; mientras, ella le promete esperar su vuelta tres ó cuatro años. Al poco tiempo el pintor casa á su hija

(1) *Histoire Litteraire de la France*, tomo XXII, 964. Guarda relación con este relato la *Cantiga* núm. 135 del Rey Sabio, que resumo aquí:

Un mancebo y una doncella que se habían criado juntos se juraron, por la Virgen, no casarse sino uno con otro. El padre de la niña la desposó, contra su voluntad, con un hombre acaudalado y estimable. Ella le descubre su juramento y él la conduce á buscar al hombre amado. En el camino les sale al encuentro un antiguo pretendiente, que intenta violar á la doncella. Esta salva su honra por intercesión de la Virgen María.

(2) F. K. von Erlach, *Die Volkslieder der Deutschen*, Mannheim 1834, tomo IV, pág. 294 (en F. Liebrecht, *Zur Volkskunde*, pág. 60).

con un viudo rico y viejo, y la muchacha enferma de pena en seguida y se muere. Después se aparece al ausente enamorado, el cual vuelve á toda prisa y desentierra á la muerta. Esta revive; el amante le recuerda la moneda de oro que le entregó y conduce á la resucitada á casa del marido, quien muere de terror, dejando de ser un estorbo para la unión de los dos enamorados.

Volviendo á Italia, mencionaremos otro cuento, cuyo comienzo tiene analogía con el nuestro, si bien el desenlace es muy distinto. Es la novela 33 de *El Novellino*, de Massuccio Salernitano (hacia 1470). En la ciudad de Sena, Mariotto y Giannozza, se casan en secreto ante un monje, y Mariotto tiene que huir á Alejandría á causa de un homicidio. En su ausencia Giannozza se ve constreñida á un nuevo casamiento, y para impedirlo, el monje le da unos polvos soporíferos que la harán creer muerta. El resto difiere ya mucho: Mariotto, oyendo la noticia de la muerte de su amada, vuelve á Siena, donde es preso y condenado por su antiguo homicidio; Giannozza, que á su vez había ido en busca del esposo, vuelve á Siena, sabe la suerte de él, y se encierra en un convento, donde en seguida muere. Este cuento, referido por otros novelistas (Luigi da Porto, Bandello), es el inmortalizado en el *Romeo y Julieta* de

Shakespeare, y el llevado también al teatro por nuestro Lope de Vega.

En fin, la innagotable novelística italiana aun nos ofrece otro relato incompleto y alterado de nuestro tema. En 1565, el escritor ferrarense Giraldo Cintio publicó su *Hecatommithi*, donde (III, 5) refiere el siguiente caso. En Sevilla, el disoluto Consalvo aborrece á su mujer Agata, é intenta matarla á fin de casarse con una cortesana. Para realizar el crimen, pide veneno á un amigo suyo, estudiante de medicina, quien á su vez se halla enamorado de Agata, por lo cual, en lugar del veneno, le da un soporífero. Agata queda como muerta y la entierran. Por la noche va al sepulcro el estudiante, la despierta y le declara la maldad del marido y cómo él la ha salvado. Ella, no obstante, se mantiene fiel á Consalvo, rechazando las solicitaciones del estudiaute, en cuya casa permanece oculta. Consalvo se casa á los pocos días con la meretriz, la cual, cansada pronto de la vida matrimonial, descubre el envenenamiento de Agata. Esta, al saber que su marido, ya confeso, iba á ser degollado, se presenta al Podestá y alcanza el perdón de Consalvo, quien desde entonces aprende á amar á su mujer. Giraldo Cinthio se propuso hacer resaltar á toda costa la fidelidad conyugal, y de aquí las grandes desviaciones que hizo sufrir

á su novela, que tanto se aparta ya de nuestro romance.

Por último, recordaré otras leyendas referentes á la desenterrada: En varias baladas servias, rusas y turcas publicadas por Child (1) una mujer toma un bebedizo que la hace quedar como muerta, sea por voluntad propia, sea por arte de un amante desdeñado, y separada así de su marido es sacada del sepulcro y llevada por su amante.

Una leyenda turca «Saky y Dschaman» (2), refiere que un derviche oye una voz en el sepulcro de la hija del Sultán, y abriéndolo halla viva á la que se creía muerta, y ambos se casan en secreto. Pasan algunos años y el Sultán llega á saber el caso, les perdona haciendo visir al yerno.

Vengamos ya á las formas de la leyenda que la ofrecen más fiel á sus elementos tradicionales; es decir, que contienen inalteradas sus dos partes: la mujer desenterrada por su amante, y el pleito ulterior del amante y del marido.

(1) *The English and Scottish popular Ballads*, parte IX, de la gran edición de Boston, págs. 3 *a*, 3 *b* y 7 *a*.

(2) W. Radloff, *Proben der Volkslitteratur der türkischen Stämme Süd-Sibiriens*. Petersburg 1866. Tomo III, página 742. (Liebrecht, pág. 63).

La forma más antigua que conozco es el suceso de Ginebra degli Almieri, que rimado en octavas entre los siglos XV y XVI, alcanzó en Italia gran celebridad. Ginebra, dama de Florencia, fué amada desde niña por Antonio Rondinelli; pero su padre se opone á estos amores y la casa con Francisco Agolanti. Estando Florencia en 1396 aterrorizada por la peste que azotaba otros países, Ginebra enferma, es creída muerta y es enterrada. A media noche recobra el sentido, y alumbrada por un rayo de luna que penetra en la tumba subterránea, logra levantar la piedra que la cierra y se vuelve á su casa, pero de allí es rechazada por el propio marido que la cree una aparición; lo mismo le ocurre á la desdichada con su madre y con un tío. Sintiéndose desfallecer; acude al fin á su enamorado Antonio, y éste la reconoce, la recibe y la prodiga los más tiernos cuidados, hasta que ella recobra por completo la salud. Ya no quiere volver con su marido; la muerte ha roto el vínculo que con él la unía, y ante un notario se desposa con Antonio. Un domingo se dirige con él á misa, y se encuentra al marido á quien manifiesta su deseo de casarse con Antonio. Tras un altercado entre los dos hombres, el debate se encomienda al Obispo; éste, después de oir á Ginebra, sentencia favorablemente, y las

bodas con Antonio se celebran con gran regocijo.

Todos los relatos de esta historia están conformes en que Ginebra abre sola el sepulcro y va de puerta en puerta pidiendo hospitalidad. Verdad es que todos los relatos se fundan en la redacción en octavas que hemos resumido, de la cual adoptan los nombres propios y la fecha de 1396 (1).

Pero nuestro D. Luis Zapata ya citado conocía el mismo suceso florentino según una versión probablemente oral que tiene importancia á pesar de lo brevemente que la refiere. Antes de contar Zapata el caso de los novios de Burgos, se expresa así: «Justa fué la sentençia que diçen que dió en semejante caso el Sumo Pontífice en dar por mujer al que en Florençia la sacó de la sepultura biba, aunque tenía otro marido, pues ya quanto al mundo ella murió, y espiró el casamiento, como San Pablo lo dice: muerto el barón, suelta es la muger de la ley del barón, y por el contrario, muerta la muger es lo mismo.»

Ahora bien, esta rápida alusión al caso de Florencia, aunque carece de nombres propios y comete quizá una inexactitud en atribuir la sentencia del pleito al Papa en vez de al Obis-

(1) V. P. Rayna, en *Romania* XXXI, pág. 64 sigs.

po, es notable, sin embargo, por asegurar que el amante de la dama «la sacó de la sepultura», mientras la redacción en octavas, y sus derivadas, sustituyeron este rasgo evidentemente tradicional (común con nuestro romance y con las novelas de Boccacio y Giraldo Cinthio y la que después citaré de Bandello) por la salida de Ginebra sola de su tumba, recordando sin duda uno de tantos relatos análogos que se refieren con frecuencia á tiempos de peste (1) y quizá sugerido por un hecho real del año 1396; aunque el ir de puerta en puerta la desenterrada excede los límites de la verosimilitud (2)

(1) El ya citado Zapata en la misma *Miscelánea*, «Memorial Histórico», tomo XI, pág. 346, cuenta un caso ocurrido en Málaga durante una epidemia, en que una mujer á quien enterraron viva, después de salir de la sepultura y pasado algún tiempo que tardó en curarse, vuelve á su casa el día en que su marido se ha casado con otra. Halla á la recién casada en el tálamo, arremete contra ella, llévanlas á la cárcel eclesiástica y dan por verdadera mujer á la primera.

(2) Sin embargo, la tradición florentina quiere darlo como atestiguado por el nombre de una calle que primitivamente nada tenía que ver con el caso de Ginebra. Un autor que se tenía por pariente del amante de Ginebra, Francesco Rondinelli, en la *Relazione del Contagio stato in Firenze l'anno 1630 é 1633* (Fiorenza 1634, pág. 55), hablando del nombre de la *Via della Morte* que se da en Florencia á una calle, dice: «Ed è fama ch'ella prendesse già il nome da Ginevera de gli Amieri, la quale nella peste dell' anno 1400, per uno svenimento creduta morta, fu messa in una di quelle sepolture vicino al campanile del Duomo, ma rinvenuta e uscita di quivi, se ne andò per la detta strada a casa il marito de gli Agolanti, il quale stimatola un' ombra la mandò via, si

y es, sin duda, un rasgo de novelística popular (1).

Todos los rasgos tradicionales los hallamos en fin, reunidos en otro cuentista italiano, de los más tardíos en fecha, pero que más fielmente refleja la tradición.

A mediados del siglo XVI (1554) el Obispo de Agen, Mateo Bandello, refirió el caso de la difunta pleiteada con rasgos enteramente análogos ya á los de nuestro romance, ya á los del relato de Zapata, queriendo, como éste, darlo por caso histórico. Cuenta el famoso novelista italiano (2) que vivían en Venecia en palacios vecinos dos gentiles hombres. Los hijos de ambos, Gerardo y Elena se aman, y protegidos por el aya de la joven, que lo había sido también de Gerardo, se desposan en secreto. Pero al poco tiempo el padre de Gerardo le embarca con mercancías para Baruti; y pasados seis meses, el padre de Elena decide casarla con un pretendiente rico. Ella, sin saber como salir del apuro y llena de desesperación, conteniendo el aliento queda como muerta de

che la meschina pigliò partito di andare a casa di Antonio Rondinelli, che mentre era fanciulla focosamente l'amava».

(1) Véase *Liebrecht Zur Volkskunde*, pág. 62.

(2) Atestiguando con graves palabras: «come per pubblici documenti del severo magistrato degli avvocatori del comune fin oggidi si puo vedere» *Novelle* di Matteo Bandello, II, 41.

ahogo, y es enterrada en el Patriarcado, en un sepulcro fuera de la iglesia. Aquel mismo día llega la galera de Gerardo, quien vuelve feliz y riquísimo. Al oir el triste caso quiere ver á Elena muerta y persuade al cómitre de la galera para que le ayude en su temeraria empresa. Van al Patriarcado á media noche provistos de herramientas, y abren el sepulcro. Gerardo, no pudiendo separarse de su amada, la lleva en la barca, á pesar de los reproches del cómitre, y en esto nota señales de vida en la desenterrada; la conduce á casa del cómitre, y allí, calentando el cuerpo inanimado, logran reanimarlo. Elena permanece después oculta en aquella casa. Gerardo, instado por su padre para que contraiga matrimonio, se ve obligado á descubrirle el caso, y se disponen las bodas con Elena, diciendo á los convidados que la novia es extranjera. El prometido de Elena se halla casualmente en la iglesia al tiempo de la ceremonia nupcial, y reconociendo á la que él creía muerta, corre al Patriarcado, abre el sepulcro de Elena, lo encuentra vacío, vuelve á la iglesia y reclama como suya la novia. Gerardo y su rival conciertan que las armas decidan el derecho; pero el Consejo de los Diez prohibe la lucha, encomendando el asunto á un proceso civil. Entablado el juicio, el pretendiente no puede alegar más que la promesa

*

del padre de Elena, mientras que Gerardo prueba por el aya y por Elena el matrimonio y su consumación, de modo que fué fallado que la mujer pertenecía á Gerardo, con lo cual se mostró conforme el padre de la novia.

La influencia de Bandello en la literatura española es tan grande como poco conocida aún. Todavía, que yo sepa, no se han señalado como derivadas de la novela que nos ocupa, dos comedias de que pasamos á hablar.

Una de ellas es la *Difunta pleiteada*. Esta comedia ha llegado á nosotros impresa con el nombre de D. Francisco de Rojas y Zorrilla (1). John R. Chorley, en su *Catálogo de Comedias y Autos de Lope de Vega* (2), reconoce que el estilo de esta comedia es más propio de Lope que de Rojas. Afirma además que no puede ser la obra de este último autor porque falta en ella la figura del donaire, tipo que no olvidó Rojas en ninguna de sus comedias; pero este argumento es vano porque el gracioso existe en su habitual oficio de criado de uno de los personajes principales.

(1) *Parte veinte de comedias varias nunca impresas, compuestas por los mejores ingenios de España*. Madrid, 1663, p. 20.
(2) Véase H. A. Renner, *The Life of Lope de Vega*, 1904, págs. 445, 479 y 504.

La Barrera (1) cree que la *Difunta pleiteada* acaso sea la comedia de Lope desconocida que, con igual título, se cita en la primera lista de Comedias del Fénix de los Ingenios, contenida en *El Peregrino* de 1603. Pero no precisa más su idea ni la apoya en razones.

Posteriormente, A. Schaeffer (2) analiza la *Difunta pleiteada* entre las comedias de Rojas, sin hacer caso de la atribución á Lope, diciendo que no es imposible que Rojas y Lope hayan escrito sendas comedias de igual título, y que la conservada conviene mejor á Rojas por el carácter de su lenguaje y de su acción.

Dejando á un lado la cuestión de estilo que, como estamos viendo se presta á tan opuestas apreciaciones, yo creo primeramente que la comedia en cuestión no es de Rojas, porque este autor tiene otra pieza con el mismo asunto, y titulada *Varios prodigios de amor*, la cual no se ha advertido que es solo un simple arreglo de la *Difunta pleiteada*, uno de tantos arreglos llenos de enredo y languidez como los que en la época de Rojas se hacían tomando por base las comedias de la época de Lope de Vega.

(1) *Catálogo del Teatro*, págs. 342 *b*, 429 *b*, 452 *a*, 542 *b* y 694 *b*.

(2) *Geschichte des Spanischen Nationaldramas*. Leipzig, 1890, t. II, pág. 122.

Esto sentado, no hay razón alguna para creer que la *Difunta pleiteada* que ha llegado á nosotros, no sea la misma comedia de Lope, citada en la lista de *El Peregrino*, y, en cambio, hallo algunas razones que contribuyen á afirmarnos en esta idea. El nombre de Belardo que lleva el gracioso en la *Difunta pleiteada* es frecuente en el teatro de Lope, quien gustaba introducirse bajo esa designación, lo mismo en sus comedias que en sus otras composiciones poéticas. Señalaré también en el acto primero de la *Difunta pleiteada* un elogio de la agricultura, nombrando varios principales personajes históricos que no desdeñaron cultivar por sus manos la tierra, pasaje muy propio de Lope de Vega, el cual tenía tanta afición á la jardinería, que nos habla con frecuencia de su huerto, sin desperdiciar cuantas ocasiones se le presentan de hacer alarde de conocimientos agrícolas. En fin, la manera de tratar el asunto, y sobre todo el cambio de desenlace, se hallan dentro de la manera de Lope, como espero mostrar luego.

He aquí un breve análisis de la *Difunta pleiteada*: Isabela, dama siciliana, es prometida por su padre á Leandro, hijo de un amigo antiguo. Después que ella da el consentimiento, se presenta un enamorado suyo, Manfredo, joven napolitano, que la solicita; pero como

Isabela ha dado ya su palabra, no quiere faltar á ella, y aunque prefiriría casarse con el napolitano, le dice:

«Manfredo, ya tengo esposo,
no he de tener dos maridos.»

y se casa con Leandro. Así Manfredo queda sin el menor derecho sobre la mujer que ama, y así se prepara el desenlace opuesto al relato tradicional. Prosigamos: Al poco rato de celebrarse la boda, Isabela sufre un desvanecimiento, y juzgándola muerta la entierran en una bóveda de la iglesia. Manfredo, al saber la triste noticia, acompañado de su fiel criado Belardo, va al templo para enterrarse vivo con la mujer amada. A la vista del cadáver siente el loco deseo de besar aquel hermoso rostro, y al hacerlo, nota que el cuerpo no está frío; sospecha que aún tiene vida Isabela, la saca de la iglesia con ayuda de Belardo, quien protesta repetidas veces de la locura de su amo que se lleva una mujer que está unida á otro hombre. A esto replica Manfredo:

«¿No la apartaron ayer
el azadón y la pala?
Anda, necio, que ya puedo
casar con ella...»

Isabela recobra el sentido, y Manfredo se la lleva en una barca (como Gerardo á Elena en Bandello), y la conduce á Nápoles, donde inmediatamente dispone la boda después de haber desvanecido las dudas de Isabela sobre si es libre ó pertenece á Leandro. Este, inconsolable por la prematura muerte de su esposa, emprende un viaje para distraer su dolor, y llega á Nápoles. Al entrar en una iglesia ve una boda y (como el Gerardo de Bandello) reconoce en la novia á su propia esposa; la reclama á voces, se interrumpe la ceremonia y deciden que se juzgue el caso según las leyes. Viene luego un largo debate jurídico en que se alegan numerosos textos. Leandro afirma que es su mujer,

«porque mientras alma tuvo
no es matrimonio disuelto.»

Manfredo, por su parte, la reclama por suya, porque, según él, ya estuvo sin alma,

«y al fin la muerte y entierro
disuelven el matrimonio.»

Por último, el gobernador sentencia en favor de Leandro, el primer esposo, á quien Isabela está obligada á guardar fidelidad con la misma

alma que se la prometió antes de estar sepultada.

A pesar del final diametralmente opuesto en la comedia de Lope y en el cuento de Bandello, la relación entre ambas es evidente como acabamos de ver. Es muy propio de Lope el cambiar por completo el desenlace de los asuntos tradicionales que trataba. Recuérdese, por ejemplo, lo que hizo en *El más galán portugués* y en *La fuerza lastimosa*. Ambas comedias están inspiradas en sendos romances populares de final trágico, sabidos por todos los españoles de entonces, y, sin embargo, Lope no duda de presentarlos al público transformados en comedias con un desenlace enteramente contrario al tradicional. Claro es que con más libertad se había de permitir la misma mudanza de desenlace respecto á las novelas de Bandello, y en seguida citaremos otro caso, semejante en todo al de la *Difunta pleiteada*.

Pero digamos antes dos palabras de la refundición de esta comedia, hecha en la época siguiente de nuestro teatro: los *Varios prodigios de amor*, de D. Francisco de Rojas (1), en la cual se siguen los pasos de la obra de

(1) *Parte quarenta y dos de comedias nuevas nunca impresas escogidas de los mejores ingenios de España.* Madrid, 1676.

Lope, hasta en el desenlace favorable al marido, opuesto á la versión tradicional.

Aurelia, noble napolitana, se casa con el Marqués Fabricio, y á los pocos días se muere y la entierran. El Duque Polidoro, que estaba enamorado de la dama, va á la iglesia donde había sido enterrada, soborna al guardián, y saca, loco de amor, el cuerpo de Aurelia, le conduce á su casa, le coloca en el lecho y á poco recobra el sentido. Repuesta la dama, huyen á Inglaterra, y allí pasan por hermanos y viven como tales. Al fin, llega la noticia de la muerte del marqués, y el duque trata de casarse con Aurelia; pero ella quiere antes saber si es cierta la muerte de su marido. En esto, aparece en escena el Marqués Fabricio, el cual ha corrido una serie de aventuras, buscando por todas partes una mujer tan bella como Aurelia. Esta reconoce á su marido en cuanto le ve, y mientras él siente un gran amor hacia ella, sin conocerla, porque no puede sospechar que haya resucitado, Aurelia intenta huir con Polidoro. Tras un enredo muy complicado, se descubre todo, y Fabricio recobra á su mujer.

Como se habrá observado, aunque esta comedia difiera bastante de la *Difunta pleiteada*, no es sino un arreglo de la misma. Rojas ahoga en un enmarañado enredo los rasgos esenciales que acabamos de exponer, y por eso la filia-

ción de su obra pudo quedar obscura, aunque es de todo punto indudable. Y si todavía se necesitase comprobar la filiación de Bandelo, Lope y Rojas que acabamos de exponer, citaría un caso análogo de la misma derivación repetida en otro tema que ya hemos indicado tiene estrecha analogía con el que estudiamos: me refiero á la leyenda de Romeo y Julieta, donde hallamos también una novela de Bandello, una comedia de Lope que altera al final de esa novela, y una refundición de Rojas hecha de manera en todo semejante á los *Varios prodigios de amor*.

Refiere Bandello los desdichados amores de Romeo y Julieta en sus *Novelas* (1), y del autor italiano pasó el asunto á la comedia de Lope titulada *Castelvines y Monteses* (2), si bien Lope, siguiendo su costumbre de huir de los finales trágicos, en vez de terminar la obra con la muerte de los amantes desposados, convierte esta tragedia en boda, desnaturalizando la fuerza dramática de la leyenda. Ahora bien, Rojas Zorrilla en los *Bandos de Verona* (3) sigue á Lope en terminar la obra con la boda de los dos amantes; pero aquí, como en *Va-*

(1) Parte II, novela 9.
(2) *Parte veinticinco... de las comedias del Fénix de España Frey Lope Félix de Vega*. Zaragoza. 1647.
(3) *Segunda parte de sus comedias*. Madrid, 1645.

rios prodigios de amor, complica y enmaraña la acción de una manera extraordinaria.

Fiel en todo al relato que Bandello nos hace de la novela de la *Difunta pleiteada*, el escritor madrileño Matías de los Reyes nos contó el mismo cuento diluído en la prosa de su *Menandro* (1).

Los jóvenes Camilo, hijo de un negociante de Florencia, y Lucrecia, hija del noble Fabricio, se aman, y ayudados por el ama que había criado á los dos se casan en secreto. Camilo es enviado por su padre á negociar en España, y promete á Lucrecia volver á los seis meses (fol. 58 sig.). Lucrecia, á poco de partir Camilo, es prometida por su padre al noble caballero Laurencio (fol. 99); ella por consejo del ama, pidió demorar la boda cuatro meses, que eran los que faltaban para la vuelta de Camilo. Pero transcurrido el plazo, era fuerza disponerse á la boda, y entonces tomó unos polvos que creía venenosos (detalle tomado de la leyenda de Romeo y Julieta, tal como se cuenta en el mismo Bandello, en Massuccio, etc.) Quedó como muerta, y juzgándola tal, la sepultaron. Camilo llega á Florencia dos días

(1) Impreso en Jaén, año 1636.

después del plazo fijado, y presencia el entierro de su amada (fol. 44 bis, v.), y sabe por un criado de su mismo padre que Lucrecia, á punto de celebrarse la boda, fué hallada muerta en la cama. Camilo sospecha que por su amor Lucrecia se ha envenenado, y decidido á morir él también (igual en Bandello), va á la tumba para envenenarse allí y quedar eternamente con su amada. Va acompañado de dos amigos, uno de ellos Menandro; abren la bóveda y hallaron el cuerpo de Lucrecia «puesto con tal adorno y compostura como si para celebrar sus bodas le huvieran aderezado». Camilo, deshecho en llanto, saca el veneno y se lo lleva á la boca, pero Menandro, que le ve, impide el suicidio. El amante no quiere irse de allí sin llevar el cuerpo de Lucrecia; pero sus amigos tratan de disuadirle (semejante en Bandello), y él, convencido, va á dar al cadáver el último abrazo, cuando nota que el corazón de Lucrecia latía débilmente. Se la llevan á casa de una amiga de Camilo donde la reaniman, y allí permanece oculta. Entretanto (fol. 182 v.), el padre de Camilo intenta casarle y él le descubre el suceso de Lucrecia (igual Bandello). Dispónese luego la boda con Lucrecia (fol. 228), diciendo á los invitados que la novia era una señora forastera, natural de Mantua. Laurencio, que se hallaba entre el acompañamiento, reco-

noce en la novia su propia prometida; corre á la sepultura, abre la bóveda y, hallando vacío el lugar del cadáver, vuelve á la boda y reclama á la novia. Los dos hombres redujeron su pleito á las armas (igual Bandello), pero llegado el caso á oídos del padre de Lucrecia, acude á la iglesia, aquieta la pendencia y todos le confían la sentencia del pleito, que él da en favor de Camilo.

Para concluir nos falta volver á la versión de donde hemos partido: al Romance y á Zapata. Creemos que ambas representan una misma versión, porque en ambas se halla el pormenor del sacristán de la iglesia, ayudando á descubrir la tumba mediante dinero ó don que le ofrece el amante; mientras que en los novelistas italianos no va solo á la tumba; en Bandello va con el cómitre de la galera y en las dos versiones de Boccacio va con un fiel servidor (1). En el Romance y en Zapata el amante saca de la iglesia ya viva á la enterrada (Zapata dice con poca exactitud «állala biva»),

(1) Verdad es que en *Varios prodigios de amor*, comedia derivada de la de Lope, también Polidoro, al ir á desenterrar el cuerpo de Aurelia, soborna al guardián de la iglesia. Pudo Rojas conocer el romance y contaminar con él su fuente principal.

mientras en Bandello y todos sus derivados, así como en Boccacio, lleva el amante el cuerpo inanimado á una casa donde reanima á la desfallecida.

El parentesco que establecen estos dos pormenores (sobre todo el primero) no se contradice por una divergencia arbitraria que en el Romance existe comparado con Zapata. En el Romance, el amante parte á Indias para ver si olvida su amor cuando sabe que el padre quiere casar á su amada con otro; mientras Zapata (fiel á la tradición representada por Bandello y la canción alemana) dice que después de ausentado el amante es cuando el padre de la dama quiere casarla con otro. En el motivo de la ausencia para olvidar el amor, el Romance coincide con Boccacio, pero es sin duda coincidencia casual ya que los comienzos de una y otra narración son muy distintos, pues en Boccacio se trata de una mujer casada y ante cuya invencible castidad el amante se aleja para buscar el olvido.

Ahora bien, esta versión representada por el Romance y Zapata, tiene estrechas analogías con la de Bandello, como ya notó de pasada Liebrecht (1), en vista sólo de la versión catalana del romance. Carolina Bour-

(1) Pág. 63.

land (1) da por segura la derivación del romance directamente del mismo novelista italiano. A afirmar esto podría movernos el hallar en Bandello y en el Romance un pormenor común: el del propósito de suicidio del amante al ir á la tumba de su amada, el cual falta en otras versiones. Pero falta también en Zapata, y falta en Lope de Vega, evidentemente derivado de Bandello, lo cual nos prueba cuán poco importante es en la trama general esa vehemente manifestación de dolor del enamorado. La coincidencia del Romance y de Bandello en este punto puede ser casual. Además, la coincidencia es tan solo parcial, pues en Bandello el amante piensa matarse al ir á la tumba, pero una vez llegado allá, olvida su propósito; mientras en el romance, saca su puñal para matarse junto á su amada, y la Virgen impide el suicidio, habiendo versiones (las portuguesas, la de Zamora y la de Palencia) en que este milagro, como incidente importante, se convierte en único desenlace del romance.

En cambio, esta versión representada por el Romance y Zapata, *difiere de Bandello en un pormenor esencial.* Hemos dicho que Bandello

(1) *Boccacio and the Decameron in castilian and catalan literature. Revue Hispanique*, tomo XII (pág. 148 de la tirada aparte).

es el único novelista moderno que conserva el pleito final de la leyenda y la sentencia desfavorable al marido escogido por el padre de la dama. A fin de hacer esto tolerable dentro de los principios religiosos y jurídicos, supuso que los dos amantes no sólo se habían dado palabra de casamiento, sino que se habían casado en secreto y consumado su matrimonio, y supuso también que el matrimonio impuesto por el padre no llega á realizarse, pues antes sobreviene la muerte aparente de la dama: es decir, hizo firme el primer vínculo y anuló el segundo (lo contrario precisamente que hizo Lope, llevado de móviles contrarios).

Zapata y el Romance, conservando el compromiso de los dos amantes, su promesa irrevocable de casamiento (rasgo sin duda tradicional y necesario, que se halla en la canción alemana, y exagerado, como hemos dicho, en Bandello) llegan, sin embargo, hasta realizar el matrimonio que el padre impone á la dama (como en la canción alemana), con lo cual dos hombres se hallan con títulos valederos sobre la misma mujer, y el pleito es así posible y grave. El punto de vista en que se coloca la leyenda para fallar este pleito es el que expresa Zapata hablando del caso de Florencia: la muerte, aunque aparente, disuelve el matrimonio impuesto por el padre, y la resucitada

tiene su voluntad libre para seguir á su amante; argumento repetido por el Manfredo de Lope y condensado en un verso del Romance de Asturias:

«el matrimonio se acaba
echándole tierra encima».

Nótese ahora que Bandello con sus arreglos estropeó totalmente la lógica construcción del cuento. Dando todo el derecho al escogido de la dama y ninguno al elegido por el padre de la misma, el pleito no ofrece duda alguna, y ni es posible siquiera después de la declaración de los dos amantes y el testimonio del ama ante la cual se casaron. Es más, la muerte de la novia no es ya un incidente necesario como lo es en Zapata y en el Romance para romper uno de los vínculos; pierde su trabazón lógica con el desenlace, pues toda la cuestión en Bandello se resolvería lo mismo con que en el momento en que el padre quiere casar á la hija, hiciese ésta lo que hace al final, es decir, confesase su matrimonio anterior y adujese el testimonio del ama; para nada necesitaba morirse.

Bandello, al prescindir del matrimonio que separa á los dos amantes (matrimonio que sobreviene en la canción alemana, como hemos

dicho, y que preexiste en Boccacio y Ginebra degli Almieri) destruye el conflicto que es alma de la leyenda que estudiamos. El pleito en Bandello no tiene un fundamento grave.

Solo el Romance y el caso de Ginebra presentan el pleito en toda su crudeza, entre el amante y el marido, sentenciando en favor del primero, con esa benevolencia popular hacia lo ilegal. Tal sentencia pareció escandalosa á los demás que trataron esta leyenda: Bandello suprimió todo derecho del amante, y los otros suprimieron el pleito mismo, ora con la renuncia generosa del amante como Boccacio, ora con la ridícula del marido como en Amadás, ora haciendo que el pobre marido muera de terror como en la canción alemana.

El Romance y el caso de Ginebra son, pues, preciosos por lo excepcionalmente fieles en conservar el espíritu popular de la leyenda; el mismo Zapata, después de mantenerse fiel á ella contando la sentencia en favor del amante, siente escrúpulos y nos advierte que esa sentencia fué apelada y que no sabe el fallo definitivo que en la apelación se dió.

Como resumen de esta disquisición diré que la versión representada por el Romance y Zapata, es independiente de la de Bandello. Las grandes semejanzas que entre ambas se descubren proceden de ser estos los dos relatos más

fieles á la tradición popular. Así una y otra contienen, reunidos, los tres rasgos esenciales que se hallan aislados en las otras versiones: 1.º Conservan el compromiso de la dama para casarse con el que la saca de la tumba, lo cual se halla en las versiones de Indias y Alemania, y se atenúa en simple inclinación amorosa en el caso de Ginebra (y en Lope y Rojas), pero falta por completo, aun en esta forma atenuada, en Boccacio y Cinthio. 2.º La ida del amante á la tumba de la dama, que se halla además en todas las otras versiones (India, Bandello, alemana, Boccacio, Cinthio) salvo en la de Ginebra. 3.º El pleito final que se halla en India, Ginebra y desfigurado en Boccacio, pero que falta en el cuento alemán, en Cinthio, etc.

El Romance español es, entre estas versiones por mí conocidas, la más fiél á todos los elementos tradicionales. Es probablemente anterior á Bandello. El caso de la mujer de don Juan de Castilla, enterrada viva en Santo Domingo, hacia 1500, provocó esta redacción versificada de un viejo tema que correría en forma de cuento en la tradición de la Península.

Obras de D. Ramón Menéndez Pidal

El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina. Discurso de recepción en la Real Academia Española.—En 4.º, 2 pesetas.

Antología de prosistas castellanos.—En 8.º, 1,50 pesetas.

Catálogo de la Real Biblioteca: Manuscritos, crónicas generales de España, con láminas hechas sobre fotografías del Conde de Bernar.—En 4.º, 15 pesetas.

Manual elemental de gramática histórica española. Segunda edición.—En 8.º, 6 pesetas.

Poema de Yuçuf, materiales para su estudio, con una fototipia.—En 4.º, 8 pesetas.

Disputa del alma y el cuerpo y auto de los Reyes Magos, con dos fototipias.—En 4.º, 3 pesetas.

Poema del Cid, edición anotada.—En 4.º, 5 pesetas.

Sobre alacuaxí y la Elegía árabe de Valencia. En 4.º, 2 pesetas.

Primera crónica general de España que mandó escribir Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289.—Tomo I. Texto. En 4.º, 12 pesetas.

Cantar de Mio Cid

Estudio crítico y gramatical, por **R. Menéndez Pidal.** Madrid, 1908. 420 páginas. En 4.º—Obra premiada por la Real Academia Española.

Precio: 15 pesetas

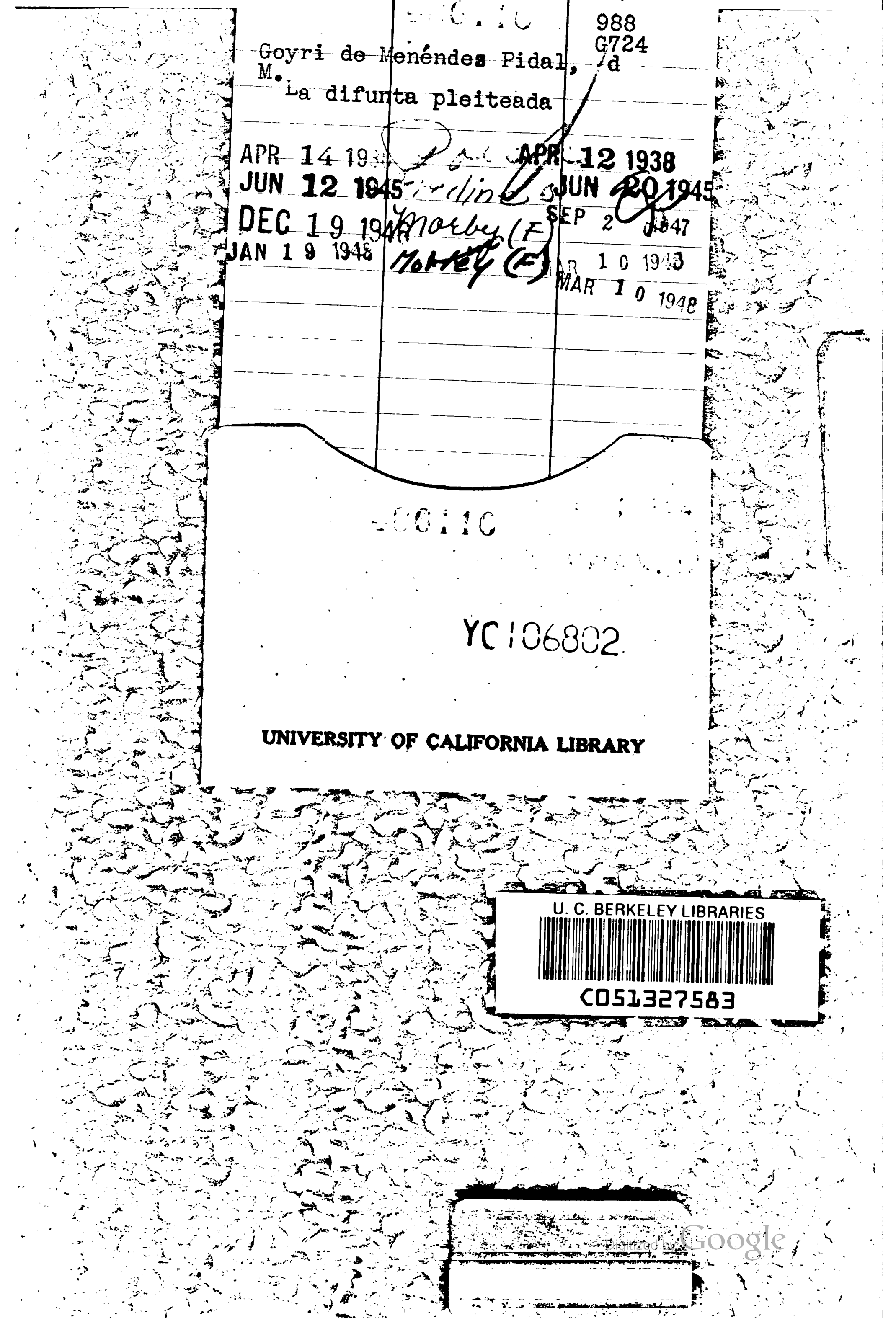
La publicación está ilustrada con mapas, facsímiles y vistas de monumentos y paisajes reproducidos en fototipia é intercalados en el texto.

COMPRENDE: **Crítica del texto.** Manuscrito del Cantar de Mio Cid y su filiación.—Recursos enmendatarios aplicables al códice único: Localización del Cantar; Metro del Cantar del Cid. El asonante en el Cantar; Las Crónicas en su relación con el Cantar. — **Gramática.** Fonética.—Morfología.—Sintaxis. (Esta Gramática está hecha con el objeto de que sirva de Gramática del castellano antiguo en general.)

EN PREPARACIÓN DEL MISMO AUTOR

La Leyenda de los Infantes de Lara. Nueva edición revisada.

Crestomatia del castellano antiguo.


988
G724
Goyri de Menéndez Pidal, M.
La difunta pleiteada
APR 14 19
APR 12 1938
JUN 12 1945
JUN 20 1945
DEC 19 1946
SEP 2 1947
JAN 19 1948
MAR 10 1948
YC106802
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
U. C. BERKELEY LIBRARIES
C051327583
Google

